

POLÍTICA, CULTURA Y MUTACIONES ANTROPOLÓGICAS

Politics, Culture and Anthropological Changes

JOSÉ FERNÁNDEZ VEGA*

joselofer@gmail.com

Fecha de recepción: 1 de abril de 2011

Fecha de aceptación definitiva: 3 de octubre de 2011

RESUMEN

La ensayística política que Pier Paolo Pasolini cultivó en los últimos años de su vida en los medios de prensa italianos muestra ciertos puntos de contacto generales con la Teoría Crítica, aunque ésta jamás aparezca referida en sus escritos. Pasolini se ocupó de la coyuntura italiana de su tiempo y escribió como un militante independiente y un artista comprometido antes que como un teórico de la sociedad. Este artículo propone una discusión de algunos de los principales temas presentes en estos ensayos porque, según se argumenta, los temas de la época que aborda su autor pueden echar luz sobre el presente y prolongar, de un modo original pero muy heterodoxo, pasional y asistemático, el legado crítico de la Escuela de Frankfurt.

Palabras clave: Pasolini; Italia; ensayo político; mutación antropológica; teoría crítica.

ABSTRACT

During the last years of his life, the Italian director and writer Pier Paolo Pasolini contributed in the newspapers of his country with political articles that have some points in common with the legacy of the Critical Theory, though he never made any explicit allusion to it. Pasolini interventions are those of a independent activist and engaged artist, and they are intended to clarify basic traits

* CONICET - Universidad de Buenos Aires.

of the changing Italian society of his times. This article offers a critical revision of some of Pasolini's main ideas regarding those problems in the understanding that they may help to grasp some Italian (and non Italian) contemporary political issues. Besides, Pasolini's essays might be considered as an original contribution, though passionate, heterodox and unsystematic, to the open legacy of the Frankfurt School.

Key words: Pasolini; Italy; political essay; anthropological change; critical theory.

1. APOCALÍPTICOS

Uno de los más incómodos desafíos que afrontan los intelectuales italianos en la actualidad consiste en intentar explicar una y otra vez a los extranjeros la insólita configuración que adquirió el poder político en su país. Seguramente ya harto de buscar interpretaciones para el fenómeno que encarna Silvio Berlusconi, el político de mayor permanencia en el poder de la era republicana nacional, Umberto Eco ensayó una táctica que hace honor a la experta y legendaria astucia que despliega en sus relaciones con los medios de comunicación. Su defensa consistió en un buen ataque: declaró que Italia prefigura el futuro de toda Europa, antes encarnado por el modelo de EE. UU. y ahora por una hegemonía cultural en la cual los negocios mediáticos y el aparato estatal llegaron a un punto de fusión. Lo que ocurre en Italia no sería una excepción encapsulada en un territorio singular, sino la amenaza que se cierne sobre cualquier democracia avanzada. En vista de una situación como la italiana, incluso los inteligentes integrados de ayer llegan a adquirir tonos apocalípticos.¹

Treinta y cinco años atrás, Italia era un país muy distinto, y posiciones tan descarnadas sobre su realidad sólo podían sostenerse al precio de la mayor soledad pública. Al pesimismo radical que proyectaban se le reprochaba las actitudes reaccionarias a las que de modo inevitable parecían conducir. No fue otro el clima al que se vio enfrentado Pier Paolo Pasolini cuando, en la primera mitad de los años setenta, desde sus columnas en la prensa, comenzó a exponer con energía las devastadoras consecuencias del imperio de los poderes mediáticos y del consumis-

¹ Vicente VERDÚ, "Umberto Eco: 'Desgraciadamente, el futuro de Europa sería Italia'", *El País*, Madrid, (25. 4. 2010): http://www.elpais.com/articulo/portada/Umberto/Eco/Desgraciadamente/futuro/Europa/sera/Italia/elpepusoeps/20100425elpepspor_8/Tes [consulta: 1.3.2011].

mo desenfadado que se habían adueñado del cuerpo y del alma de los italianos, aniquilando subculturas originales y desfigurando personalidades. Acaso sea útil volver sobre sus apasionadas invectivas precisamente cuando el país celebra este año el sesquicentenario de su unificación, lo que permitió que Italia abandonara ese estatuto nominal con el que Metternich la había menospreciado en el siglo XIX: “una mera expresión geográfica”².

En sus ensayos periodísticos, Pasolini mostraba muchas dudas sobre los verdaderos resultados políticos de la unificación italiana. A la vez, estaba interesado en identificar los rasgos específicos que, a nivel humano y cultural, había adquirido en el país el llamado “milagro económico” de posguerra. Sus textos combativos, tan emocionales como analíticos, no hacen ninguna referencia explícita a la Teoría Crítica o a sus principales figuras (fuera de alguna mención *en passant* a Marcuse), si bien algunos parecidos de familia con dicha teoría se podrían identificar en sus reflexiones. Estos escritos de Pasolini también se pueden valorar como una rara contribución, tan eficaz como idiosincrásica, al desafiante “continuará” con el que Horkheimer y Adorno remataron la primera versión de su célebre capítulo sobre la industria cultural³.

Horkheimer y Adorno quizá no descartaron que el enriquecimiento de su teoría quedara en las manos colectivas de la posteridad. Pasolini fue uno de los que, a su manera, aceptó de modo tácito el desafío y ofreció un aporte original: la visión de un artista (más conocido fuera de su área lingüística como escritor y director que como ensayista político), la de un militante no convencional, solitario y temperamental (este último rasgo no es del todo ajeno a los maestros de Frankfurt), y la de un individuo enfrentado a un grado maduro de la industria cultural en un país europeo enriquecido, pero lleno de rémoras de un pasado opresivo, y con una fuerte presencia cultural y política de la Iglesia católica.

La situación italiana ofrecía un panorama muy ambivalente. Persistía un antiguo autoritarismo institucional, pero, según Pasolini, las mentalidades (y los cuerpos) ya habían sido atrapadas por los señuelos del capitalismo avanzado. En su fisonomía esencial, tal vez no fuera muy distinta la situación alemana que encontraron los padres fundadores de la Teoría Crítica al regresar de su exilio tras el

² Sus artículos fueron reunidos en dos libros sobre los que girará aquí el análisis. El primero apareció en 1975: Pier Paolo PASOLINI, *Scritti corsari*, Milán: Garzanti, 2009; el segundo es una compilación póstuma de 1976: Pier Paolo PASOLINI, *Lettere luterane*, Milán: Garzanti, 2009.

³ Max HORKHEIMER y Theodor W. ADORNO, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos Filosóficos*, Madrid: Trotta, 2003, pág. 212, nota.

hundimiento del Tercer Reich. Aunque Italia mostraba peculiaridades acerca de las cuales Pasolini insistió en su momento, un acercamiento a sus intervenciones políticas también podría ofrecer claves de comprensión sobre el presente, y no sólo el italiano.

2. LUCIÉRNAGAS

En 1941, un Pasolini de diecinueve años le escribió una carta a un amigo donde relataba una noche feliz en la que, junto con otros, se vio rodeado de luciérnagas en una celebración del afecto mutuo, risas y recuerdos infantiles. En 1975, las luciérnagas volverían a ser el tema de uno de sus artículos partisanos en la prensa: ellas habían desaparecido a causa de la contaminación urbana e industrial⁴. Bajo el fascismo, todavía era posible verlas revoloteando en una libertad natural que contrastaba con el agobiante régimen estatal; en la sociedad posfascista, su total desaparición obligaba a pensar en algo más que en el daño ecológico. Era una forma de sociabilidad tan intensa como inocente lo que se había ido con ellas. Dichos vínculos se fundaban en una sensualidad que el mundo burgués posfascista había liquidado, y que Pasolini había tratado de reivindicar en su cine, en particular en la serie de fábulas conocida como “Trilogía de la vida”, de la que luego abjuró públicamente en sus notas, puesto que llegó a la conclusión de que resultaba imposible recuperar esa “infancia perdida” y esa sexualidad candorosa mediante su mera estilización idealista⁵.

La espontaneidad sensible del cuerpo, una potencia característica del pueblo con la que el fascismo no había logrado acabar, se había vuelto imposible bajo el imperio de lo que caracterizó como un neofascismo consumista y hedonista que convertía a los cuerpos en meras cosas⁶. Los cuerpos habían sido reducidos a un uso mercantil y eran ya territorio colonizado por el capital. Ello sembraba densos

⁴ Pier Paolo PASOLINI, *Scritti corsari*, ob. cit., págs. 128-134.

⁵ Pier Paolo PASOLINI, *Lettere luterane*, ob. cit., págs. 83-88. La “Trilogía de la vida” abarca las siguientes películas: *Decamerón* (1971), *Los cuentos de Canterbury* (1972) y *La flor de las Mil y una noches* (1974). Pasolini las definía como “películas sobre la corporalidad humana y sobre el sexo. Estas películas son bastante fáciles, y las he hecho para oponer al presente consumista un pasado recientísimo donde el cuerpo humano y las relaciones humanas eran todavía reales. A pesar de ser arcaicas, prehistóricas, burdas, eran reales, y oponían esta realidad a la irrealidad de la civilización consumista”. Citado por Nico NALDINI, *Pier Paolo Pasolini. Una vida*, Barcelona: Circe, 1992, pág. 318.

⁶ Jean Paul CURNIER, *À vif. Artaud, Nietzsche, Bataille, Sade, Kossowski, Pasolini*, Paris: Lignes, 2006, págs. 116-121.

interrogantes sobre la auténtica naturaleza de la liberación de las costumbres, incluidas las sexuales, que los jóvenes rebeldes de 1968 habían levantado como una de sus principales banderas. Precisamente éste es el problema que discute en el primero de sus artículos de la época⁷.

Si durante la dictadura mussoliniana la claridad de los proyectores de la defensa antiaérea podía eclipsar de modo episódico, pero no absoluto, la visión de las luciérnagas, la sociedad industrial irradiaba la vida social con otro tipo de claridad, más cegadora, de tal modo que la pálida luz de las luciérnagas se hacía imposible de distinguir. En un pasaje de Dante donde también se menciona a las luciérnagas en el infierno –allí encarnan el alma de unos malos consejeros políticos condenados a titilar en la oscuridad– Georges Didi-Huberman encontró motivos para invertir la imagen. En Pasolini, escribió, el infierno se había realizado en un mundo que, entretanto, había devenido Ilustrado y burgués⁸. La vieja cultura popular aún representaba un núcleo de resistencia bajo la dictadura; pero ahora se hallaba encandilada por radiaciones mediáticas generalizadas –un fascismo televisivo– y sometida a la forma mercancía que dominaba por doquier la existencia de los italianos, objeto inmediato de las preocupaciones de Pasolini.

Italia, en su opinión, no había experimentado nunca una real revolución burguesa, y se hallaba por tanto desprovista de los muros de contención que la burguesía establecida de otros países europeos había logrado erigir contra el aniquilamiento de las viejas formas culturales. El rápido desarrollo del país tuvo consecuencias traumáticas. La fiebre consumista que trajo aparejado no hizo sino aumentar con el tiempo. Si en la década de 1960 las clases populares todavía se centraban en la compra de artículos de primera necesidad (*l'età del pane*), en los años sucesivos terminaron cada vez más movilizadas por anhelos que un historiador resumió de este modo: “hedonismo, conocimiento, estética y salud”. Un hito en esta evolución, según Paul Ginsborg, fue la introducción de la televisión en colores en 1974, precisamente el momento en que Pasolini emprende de modo sistemático sus

⁷ Pier Paolo PASOLINI, “Contro i Capelli lunghi”, *Corriere de la Sera*, Milán (7. 1. 1973), ahora en *Scritti corsari*, ob. cit. págs. 5-11. El último de los artículos de la serie, “Lettera luterana a Italo Calvino”, apareció en *Il Mondo*, Roma (30. 10. 1975), ahora en *Lettere luterane*, ob. cit., págs. 197-203. Dos días más tarde, el primero de noviembre de 1975, Pasolini fue asesinado en una playa de Ostia en un episodio no completamente aclarado hasta el día de hoy.

⁸ Georges DIDI-HUBERMANN, *Survivance des lucioles*, Paris: Les Éditions de Minuit, 2009, pág. 24-26 y 33.

intervenciones partisanas, en las que, sin embargo, no hace ninguna referencia particular a esta innovación técnica⁹.

3. TOLERANCIA Y CONSUMO

Lo que ensombrecía la realidad italiana, según Pasolini, no era la amenaza de una regresión hacia el fascismo histórico, o la variante más contemporánea de un golpe de tipo latinoamericano como temían algunos a partir de los episodios de terrorismo de ultraderecha que ocurrieron en la época y de las múltiples conspiraciones militares que signaron el período posterior a 1968. El factor determinante no había que buscarlo en los pliegues secretos del poder, sino que se encontraba a la vista de todos en la vida social: consistía en el abandono de la población a la “comodidad y el bienestar” (una contradicción en los términos para el autor)¹⁰. El veloz “milagro italiano”, que implicaba ante todo producir y consumir, traía aparejadas enormes consecuencias humanas y políticas que Pasolini englobó bajo la categoría de “antropológicas”:

“El poder ha decidido que seamos todos iguales (...) el ansia de consumo es un ansia de obediencia a un orden no mencionado. Cada uno en Italia siente el ansia, degradante, de ser igual a los otros en el consumo, en la felicidad, en la libertad: porque esta es la orden que ha recibido inconscientemente, y a la cual “debe” obedecer, bajo la amenaza de sentirse diferente. Nunca antes la diversidad producía una culpa tan espantosa como en este período de tolerancia. La igualdad, de hecho, se ha conquistado, pero es una “falsa” igualdad recibida como regalo.”¹¹

Dicha igualdad alienada se expresaba en la profunda tristeza de los individuos (en especial entre los jóvenes), en la neurosis general, en una superficial alegría a la vez impostada y eufórica, así como en otro aspecto que al poeta y lingüista Pasolini lo mortificaba de un modo particular: la fosilización del lenguaje hablado. La tolerancia, una herencia Ilustrada, ya no era real, sino puramente “nominal”, puesto que, según su experimentada opinión, se tolera a aquel a quien al mismo tiempo se condena y segrega, si bien de una manera refinada¹². Incluso llegó a consi-

⁹ Paul GINSBORG, *Italy and Its Discontents. Family, Civil Society, State 1980-2001*, Londres: Penguin Books, 2003, págs. 85-86.

¹⁰ Pier Paolo PASOLINI, *Scritti corsari*, ob. cit. pág. 29.

¹¹ *Ibid.*, pág. 60. (Las traducciones citadas son siempre del autor).

¹² Pier Paolo PASOLINI, *Lettere luterane*, ob. cit., pág. 35.

derar a la tolerancia propagada por la cultura hedonista como “la peor represión de la historia humana”¹³. La idea de una tolerancia represiva, según la postuló Marcuse, se halla presente en estas reflexiones.

A partir de esta dramática constatación, Pasolini se lanzó a una campaña de denuncia y esclarecimiento cívico, por completo personal y en cierto modo también desesperada, como él mismo admitió. Su empeño y sus ataques le crearon permanentes conflictos no sólo con la izquierda tradicional, en primer lugar con el todavía poderoso aparato del Partido Comunista italiano (el PCI, al que se había afiliado en 1948 y apoyaba públicamente en las elecciones), sino también con los jóvenes radicalizados que buscaban formas de acción y de organización alternativas a aquellas que consideraban propias de una oposición institucionalizada. La cultura contestataria de los estudiantes, de acuerdo con Pasolini, no se distinguía en sus rasgos esenciales de la barbarie estatal y económica contra la que imaginaban combatir. Cuando estalló la rebelión, los increpó desde las páginas de un semanario con un poema, entre irónico y amargo, que levantó polémicas. Allí los calificó de “niños de papá” y objetó sus choques con la policía, en cuyas filas encontraba más vida popular que entre los jóvenes aburguesados¹⁴. Esta confrontación, provocativa y directa, guarda cierta conexión con aquella que en los últimos momentos de su vida sostuvo Adorno con las protestas estudiantiles alemanas, que tanto lo afectaron personalmente¹⁵.

“La vida no vive”, el impactante epígrafe de *Minima Moralia*, también podría haber sido adoptado por el poeta italiano, aunque, para éste, la dimensión sensual cobra un relieve en el análisis que no siempre fue tan explícito en Adorno. Fuera de eso, la equiparación de la esfera cultural realmente existente con la barbarie, y la identificación de muchas, demasiadas, líneas de continuidad entre el fascismo histórico y la vida democrática de posguerra ofrecen puntos de contacto con la Teoría Crítica, por no mencionar el común diagnóstico sobre la desaparición de la cultura popular, de sus manifestaciones artísticas tanto como de sus formas de vida, bajo el capitalismo avanzado.

¹³ Pier Paolo PASOLINI, *Scritti corsari*, ob. cit., pág. 22.

¹⁴ Pier Paolo PASOLINI, “Il PCI ai giovani!!!”, *L'Espresso*, Roma, XIV, N° 24 (16. 6. 1968). En números sucesivos se desarrolló una discusión sobre esta poesía. Para el contexto histórico: Paul GINSBORG, *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi. Società e politica 1943-1988*, t. II: *Dal “miracolo económico” agli anni '80*, Turin: Einaudi, 1989, págs. 404-468.

¹⁵ Theodor W. ADORNO, “Resignation”, en *Kritik. Kleine Schriften zur Gesellschaft*, ed. de Rolf Tiedemann, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1973, págs. 148 y ss.

Sin embargo, el anhelo por la infancia, que en un momento compartía Pasolini con Adorno, se había transformado para el primero en un duelo, y ya no en esa esperanza redentora que, según Adorno, un arte verdadero aún podía atesorar. En Pasolini aquel anhelo se había apoyado en una visión, que luego depreciaría por demasiado idílica, de la juventud campesina, de las antiguas culturas del país arraigadas en historias locales de rica diferenciación y del subproletariado. En un pasado reciente, este último sector solía subsistir tan marginado que consiguió preservar (aun cuando su existencia, vivamente representada en la película *Accatone*, de 1961, adoptara variantes criminales) la extraña nobleza y la indudable personalidad que su posterior exposición a la vida urbana estandarizada pronto lo llevaría a perder por completo.

¿Qué vigencia conservaban sus intenciones iniciales como director, o qué restaba del mundo retratado en *Accatone*, después del vertiginoso cambio cultural que había sufrido Italia? se preguntó Pasolini. Entre 1961, fecha de *Accatone*, y 1975, cuando escribe, “hubo un genocidio. Una población ha sido destruida culturalmente (...) Si hoy quisiera filmar de nuevo *Accatone*, no podría hacerlo. No encontraría ni un solo joven que fuese en su ‘cuerpo’ ni remotamente similar a los jóvenes que se representaron a sí mismos en *Accatone*”. Es que los jóvenes contemporáneos perdieron la imaginación verbal y la simpatía de malvivientes de aquellos subproletarios; se volvieron neuróticos y tristes, indecisos, llenos de anhelos pequeño-burgueses: “se avergüenzan de ser trabajadores, tienen como modelo a los “hijos de papá””¹⁶. La magnitud del declive se podía constatar en la gratuita bestialidad que habían adquirido los hechos criminales protagonizados por la juventud o la marginalidad urbana, por no mencionar el empobrecimiento generalizado del lenguaje comunicativo y de la creatividad populares. “Ya no hay seres humanos”, concluyó Pasolini, en lo que acaso fuese su versión personal de “la vida no vive”.

4. INVECTIVAS

La defensa de una tradición cultural idealizada, puesto que consistía en un Romántico recuerdo del pasado y estaba claro que era imposible volver a implantarla, se erigía como un modelo crítico alternativo a la negatividad de las neovanguardias, contra las que Pasolini polemizó, y frente al pasaje a la acción sin mediaciones de las revueltas juveniles, al que entendió como la antesala del nihilismo. Pasolini

¹⁶ Pier Paolo PASOLINI, *Lettere luterane*, ob. cit. págs. 171 y 173.

presintió la deriva terrorista que amenazaban con tomar algunos jóvenes de izquierda en un país ya sacudido por atentados del terrorismo fascista. Sus análisis periodísticos sobre la situación italiana pretendían superar los lugares comunes del discurso político. Cualquiera sea la valoración que se haga hoy de sus ensayos, no se podría comenzar sin destacar el original esfuerzo por pensar contra la corriente y aplicando categorías muy poco convencionales. Por ello, Pasolini fue acusado en su momento de irracionalista y esteticista (en particular desde *L'Unità*, el órgano del PCI). Italo Calvino, por su parte, le reprochó añorar la *Italietta* fascista, algo que Pasolini rechazó indignado y le recordó a su amigo las persecuciones de las que había sido víctima desde muy joven por sus inclinaciones sexuales¹⁷. ¿Cómo podía evocar con nostalgia una configuración social que lo había humillado y obligado a emigrar de su *piccola patria*?

Pasolini se involucraba en los debates en términos muy personales; cada una de las críticas a su ensayística política recibía una apasionada respuesta de su parte¹⁸. No evitaba la confrontación y, al mismo tiempo, era consciente de su aislamiento político y de la irritación que generaban sus intervenciones. Pero la discusión le resultaba esencial. Sus escritos en la prensa siguen siendo magníficas piezas polémicas: directas, elegantes, llenas de energía civil y de visiones sorprendentes y desprejuiciadas. Constituían un banco de pruebas para explorar un presente a la vez novedoso y, en su visión, catastrófico.

Pasolini consideraba que la oposición fascismo-antifascismo, que había dominado la vida pública italiana desde los años 1920, ya había sido superada, y acaso de la peor manera¹⁹. El país respiraba de pronto otra atmósfera “fascista”, aunque de un tipo inédito, cuya característica esencial consistía en evitar la imposición violenta de unas creencias o unas conductas. Este neofascismo había capturado las reivindicaciones sociales avanzadas y las reformulaba en un sentido favorable al consumismo. La aplicación extrema de estas concepciones llevó a Pasolini a situaciones difíciles de comprender para los círculos progresistas. Estimó, por ejemplo, que la victoria en el plebiscito sobre el divorcio (celebrado en enero de 1973, y

¹⁷ Pier Paolo PASOLINI, *Scritti corsari*, ob. cit., págs. 51 y ss.

¹⁸ Mariano MARESCA y Juan Ignacio MENDIGUCHÍA, “Léxico Pasoliniano”, en VV. AA., *Pier Paolo Pasolini, Palabra de corsario*, Madrid: Circulo de Bellas Artes, 2005, pág. 329.

¹⁹ Pier Paolo PASOLINI, *Descrizioni di descrizioni*, ed. de Graziella Chiarcossi, prefacio de Giampaolo Dossena, Milán: Garzanti, 1996, págs. 351-352, donde el autor señala que el antifascismo se convirtió en una convención para quienes pretenden “estar del lado justo de una vez para siempre”. Este libro póstumo compila reseñas bibliográficas escritas contemporáneamente a los ensayos de *Scritti corsari* y *Lettere luterane*.

considerado un hito en el proceso de consolidación del laicismo en el país de la Iglesia) podía ser mejor valorado como un triunfo del *qualunquismo*, el estrecho individualismo de clase media con su típica indiferencia hacia cualquier tipo de ideal ciudadano. Aunque no se privó de celebrar la derrota del “clerical-fascismo” en ese referéndum, ni tampoco de acusar al PCI de intentar acaparar los laureles de un triunfo que, para ser justos, éste jamás había creído posible, Pasolini consideraba que, en realidad, la aprobación del divorcio demostraba la fuerza y el alcance de la civilización hedonística y de los modelos culturales que irradiaba la televisión²⁰. Si bien era claro que PCI había jugado un papel decisivo movilizándolo a su electorado para el referéndum, en términos concretos ni el Partido ni el Vaticano fueron capaces de captar la revolución antropológica ocurrida en Italia, y de la que el resultado de la consulta popular era una evidencia.

5. TRADICIONES ALTERADAS

Por lo demás, el Vaticano se hallaba sumido en la mayor confusión. Sus políticas, obsesionadas con la censura de los contenidos sexuales en el arte y los medios de comunicación de masas, estaban mal dirigidas. Ellas harían mejor en censurar los programas populares de entretenimientos y la publicidad, pues eran las fuentes desde las que se proyectaban nuevos estereotipos de vida, puestos en escena de manera directa, sin apelar a la prédica. La televisión lograba así la mayor influencia, y erosionaba con silenciosa eficacia los valores que la Iglesia creía bien defendidos mediante una absurda vigilancia moralizante. La paradoja, que Pasolini advirtió con lucidez, reside en el hecho de que aún cuando la televisión había sido desde sus comienzos en los años 1950 un pilar para el sistema de poder que compartían la Iglesia y la Democracia Cristiana (DC), su real efecto a largo plazo fue la difusión del laicismo hedonista²¹. La ideología autónoma de la televisión no sólo había dejado de coincidir con los postulados y los intereses de sus amos aparentes, sino que en realidad ya los había socavado. La legalización del divorcio expresaba el alejamiento de las masas respecto de la religión.

La Iglesia siempre funcionó como *instrumentum regni*, pero el neocapitalismo la volvió obsoleta como tal, porque ya no la necesitaba para afirmar valores; de

²⁰ Pier Paolo PASOLINI, *Sritti corsari*, ob. cit., págs. 59 y 81.

²¹ Paolo GINSBORG, *Storia d'Italia*, t. II, págs. 327-328, donde se retoma el mismo argumento evocando las reflexiones de Pasolini.

hecho, los que éste difunde son irreligiosos: el pragmatismo a ultranza, el espíritu técnico y totalmente mundanizado. La Iglesia había aceptado el fascismo italiano en el pasado, y ahora continuaba aceptando una civilización burguesa desarrollada que amenazaba sus fundamentos como ninguna otra y no le reservaba ningún espacio político esencial. Esto constituía un error histórico que acentuaba su anacronismo y anunciaba su declive institucional. La Iglesia libraba batallas propias del pasado. La familia ya no representaba el núcleo de la vida religiosa, sino el motor del consumo. La Iglesia no defendía siquiera el valor de la caridad: “Los católicos se han olvidado de ser cristianos” y en consecuencia no ofrecen ninguna alternativa al neocapitalismo, concluyó Pasolini. La caridad, era otro componente que debía ser rescatado del naufragio moral eclesiástico pues, en su opinión, los italianos habían abandonado la Iglesia por cosas aún peores: una nueva religión hedónica y materialista, alienante y total²².

El mundo campesino había sido el principal baluarte de la Iglesia, y Pasolini estimó que ella iba a compartir su mismo destino: la desaparición. En un artículo de 1974 se refirió a un curioso discurso del papa Paulo VI en Castelgandolfo, al que no identificó, y en el cual, de acuerdo con el resumen que ofreció, el papa reconocía que la Iglesia, por primera vez en la historia, había sido superada por el mundo. Su papel se había vuelto “incierto y superfluo” porque el poder “ya no tiene necesidad de la Iglesia, y la abandona a sí misma”²³. Paulo VI, siempre según este comentario, admitía que la Iglesia había perdido su prestigio y que con el “milagro económico” la pobreza había dejado de representar un tema central para ella. Pasolini era consciente de que la Iglesia difícilmente se reconocería en esta confesión de su jefe máximo. Aprovechó entonces para brindarle una salida a su crisis, entre cáustica y disparatada: si la Iglesia quería superar sus dilemas debería pasar a la oposición, porque el poder vigente la reducía a una función meramente folclórica. Y es que la Iglesia podría erigirse en una

“...guía, grandiosa pero no autoritaria, de todos aquellos que rechazan (y habla un marxista, y en tanto marxista) el nuevo poder consumista que es completamente irreligioso, totalitario, violento, falsamente tolerante, incluso más represivo que nunca, corruptor, degradante (nunca antes de hoy ha tenido tanto sentido la afirmación de Marx según la cual el capital transforma la dignidad humana en mercancía para el intercambio). Este es el rechazo que podría, por

²² Pier Paolo PASOLINI, *Lettere luterane*, ob. cit., págs. 15, 32, 35 y 65.

²³ *Ibid.*, págs. 77-78.

tanto, simbolizar la Iglesia: retornar a los orígenes, vale decir, a la oposición y a la rebelión. O hace esto o acepta un poder que ya no la quiere; en otras palabras, se suicida.”²⁴

Más espinosa que su explicación acerca de las desventuras del “clerical-fascismo” sostenido por la Iglesia y la DC en el referéndum sobre el divorcio (y sobre la incapacidad del PCI para comprender su reales causas) fue la posición que adoptó en el debate sobre el derecho al aborto. En su opinión, los partidarios del aborto defendían una sexualidad sólo aparentemente libre; en el fondo impulsaban una “política del coito”, vacía de cualquier componente afectivo y esclava de los imperativos del consumo. Pasolini deploraba que la intelectualidad de izquierda hubiera suprimido de sus análisis el mundo de los sentimientos. Lo entendía como una reacción al falso sentimentalismo dominante en la vieja sociedad clerical y a su sacralidad supersticiosa y controladora. Pero esa actitud ya no era “progresista”, sino la rémora de un Iluminismo fosilizado y, al fin de cuentas, útil al poder vigente. Para Pasolini ya no había que temer el abordaje de los problemas sociales desde la mirada de la sacralidad (pues el consumo la había desechado), ni desde el ángulo de los sentimientos (porque el mundo humano se hallaba congelado afectivamente). Los hombres se habían transformado en “brutos y estúpidos autómatas adoradores de fetiches”²⁵. Estos déficits analíticos del Iluminismo también habían sido señalados, con un lenguaje más conceptual y menos desenfrenado, por la Teoría Crítica cuando caracterizó que un “yo débil”, rendido e identificado con el agresor, y siempre reproducido por la industria de la cultura, constituía la realidad psíquica dominante en la sociedad administrada.

Las mujeres no darían un paso hacia la emancipación si se admitía el aborto. Las réplicas que recibió Pasolini lo acusaron de misoginia y de proyectar un resentimiento derivado de su condición homosexual. El propio Pasolini admitió que podía ser catalogado como un “reaccionario de izquierda”²⁶. Pero argumentó que bajo el neocapitalismo los varones se hallaban “traumatizados por la obligación que les impone la permisividad; vale decir, la obligación de hacer siempre y libremente el amor”²⁷. Esta *obligación* de gozar también ha sido identificada como una causa de sufrimiento social en nuestras sociedades posmodernas, donde se volvió un imperativo generalizado. Un nuevo superyó exige el disfrute permanente, como

²⁴ *Ibid.*, pág. 80.

²⁵ *Ibid.*, pág. 34.

²⁶ Enzo SICILIANO, *Vita di Pasolini*, Milán: Rizzoli, 1981, pág. 442.

²⁷ Pier Paolo PASOLINI, *Lettere luterane*, ob. cit., pág. 118.

escribió Slavoj Žižek, en claro contraste con los viejos ideales burgueses de auto-dominio y represión de las pulsiones²⁸.

La por entonces reciente, pero ya completa, fascinación popular por el consumo eximia al poder de ejercer su dominio mediante la coerción como había sido el caso bajo la dictadura de Mussolini, la cual nunca pudo controlar todas las mentalidades ni suprimir las resistencias. Ahora las conciencias individuales actuaban de manera espontánea en beneficio del poder y estaban movidas desde el interior de sí mismas, impulsadas por un deseo hipnótico de apropiación de lo superfluo. Este era el resultado “antropológico” del “milagro económico” que había conducido al país desde el mundo “antiguo” de la necesidad –con sus propias contradicciones: la represión generalizada, pero también sus valores humanistas– al indiferentismo público generado por la abundancia. El capitalismo de posguerra había arrasado con el mundo campesino, preindustrial y prenatal, de las *piccole patrie* del país, vale decir, con algo muy característico de la cultura italiana.

Italia había pasado abruptamente de la inocencia “antigua” a la corrupción “moderna”, y Pasolini se ubicaba en una posición política incómoda, a la vez crítica del vacilante reformismo del PCI y del ultraizquierdismo de la oposición extraparlamentaria. Como el antifascismo ya no tenía el mismo sentido que en otras épocas, se hacía preciso no cerrar el diálogo de los jóvenes atraídos por las rémoras del fascismo contemporáneo. El verdadero enemigo era otro. Porque, en verdad, apenas había distinciones entre esos jóvenes y aquellos otros situados en las antípodas, los antifacistas. Esos dos grupos no se diferenciaban ni en la actitud corporal, ni en la manera de vestir, ni en los consumos materiales o incluso culturales (la música que escuchaban, por ejemplo). Pasolini no creía aconsejable adoptar posiciones paternalistas o falsamente tolerantes con el vanguardismo político juvenil o evitar dirigirles provocaciones en los debates. Como se vivían tiempos *posfacistas* antes que antifacistas, la discusión pública con los jóvenes –independientemente de sus actitudes políticas– debía permanecer abierta.

²⁸ “El sujeto burgués liberal reprime sus deseos inconscientes por medio de las prohibiciones internalizadas y, como resultado de ello, su autocontrol le permite dominar su ‘espontaneidad’ libidinal. En las sociedades posliberales, sin embargo, la represión social ya no actúa bajo la apariencia de una Ley o Prohibición internalizada que exige renuncia y autocontrol; antes bien, asume la forma de una instancia hipnótica que impone la actitud de ‘ceder a la tentación’; es decir, su mandato equivale a una orden: ‘¡Goza!’” (Slavoj ŽIŽEK, *Las metástasis del goce. Seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*, Buenos Aires: Paidós, 2003, pág. 31). En estos pasajes de su ensayo, Žižek alude a las nociones de tolerancia represiva de Marcuse y a la de regresión, un concepto clave de los análisis adonianos sobre psicología social.

El poder conformista del consumo se había demostrado infinitamente más eficaz para imponer su propia voluntad que cualquier otro poder histórico precedente, incluido el fascismo. El poder ahora vigente promovía el aislamiento de los individuos y lograba imprimir un giro conservador a sus ideales, fenómeno al que, por cierto, no era inmune el progresismo político. El conformismo de izquierda, que siempre existió, modulaba reproches a la distancia contra los jóvenes radicalizados –fascistas o no– y lo hacía desde posiciones cristalizadas; en cambio, para Pasolini resultaba inaceptable interrumpir el contacto directo con ellos. La relevancia histórica de los movimientos juveniles, sus energías contestatarias, muchas veces desviadas o barbarizadas, y su capacidad de dar testimonio en un futuro no se debía subestimar, puesto que, como declaró en una entrevista, esos jóvenes integraban “posiblemente la última generación que ve a los obreros y a los campesinos: la próxima generación no verá alrededor suyo más que la entropía burguesa”²⁹.

6. ENTROPIAS

La “revolución” o “mutación” antropológica de la que habló Pasolini obsesivamente en sus artículos fue el resultado de un proceso económico y político de enormes proporciones. En sus análisis de ella, reveló un uso personal y libre de saberes múltiples. Mezcló conceptos semiológicos con visiones económicas, aplicó nociones sociológicas o psicoanalíticas, procesadas de manera asistemática, para sostener observaciones personales o anécdotas que dramatizaba, y a menudo también proyectaba hacia la hipérbole. Su declarado comunismo le debía más a la frecuentación de las fragmentarias reflexiones culturales de Gramsci y a la herencia existencial de la resistencia contra Mussolini (en cuya lucha su joven hermano había dejado la vida) que a una lectura ordenada de Marx o de la tradición que se inspiró en él. Todo ello marca, por cierto, otra notoria diferencia entre su ensayística política y las elaboraciones de los teóricos de Frankfurt.

Los escritos de Pasolini se respaldan, ante todo, en reflexiones sobre la historia política y la coyuntura italianas, de la que extraen su indignación y su capacidad para la prognosis. Así llegó a vislumbrar el final del dominio “clerical-fascista”, establecido luego de la caída de Mussolini, y que durante décadas encontró en la Iglesia italiana y la Democracia Cristiana unos pilares inmovibles. Para Pasolini, el voto católico se hallaba ahora directamente sometido al capital, ya no al

²⁹ Citado por Enzo SICILIANO, *Vita di Pasolini*, ob. cit., pág. 398.

Vaticano, puesto que los electores “no son más católicos, sino democristianos”³⁰. El cinismo imperante en la nueva situación del capitalismo italiano constituía un rasgo básico de la “primera revolución de derecha verdaderamente grande” que se estaba produciendo ante las miradas confundidas del país, tanto de la izquierda del espectro político como de una vetusta derecha todavía inercialmente en el poder.

Se estaba fundando una cultura completamente inédita que cortaba vínculos con los lemas del pasado (ahorro y moralismo) y sumía a los hombres en lo imponderable (Pasolini perfilaba así aquello que, recién en la década de 1990, cierta sociología comenzó a denominar la “sociedad de riesgo”), arrojándolos a la sola satisfacción mediante el consumo. Esta situación parecía irreversible. Italia había entrado en la era del aburguesamiento “total y totalizante” y abrazaba una cultura consumista para la cual la democracia representaba una mera coartada. Sentía que lo rodeaba el más “degradado y degradante conformismo que se recuerde” cuya primera condición era una transformación moral cumplida, que se había basado en la más “enfática exigencia de tolerancia”. También para Pasolini el legado de la Ilustración mostraba ahora ese potencial destructivo que *La dialéctica de la Ilustración* había denunciado tres décadas antes.

En esa revolución de derecha se distinguían dos momentos: una revolución en los modos de producción y otra en el sistema de información. Por supuesto, la televisión había jugado en estas transformaciones un papel de primer orden. “No hay dudas (se lo ve por los resultados) de que la televisión es autoritaria y represiva como no lo fue jamás otro medio de información en el mundo”, afirmó³¹. En comparación, el recuerdo de la prensa fascista provocaba risa. Bajo este dominio inédito no “son concebibles otras ideologías que la del consumo”. Como la promesa hedonista del capitalismo no se realiza nunca, explicó Pasolini, la consecuencia es la neurosis masiva.

El fascismo se había vuelto un fantasma puramente nominal, y el antifascismo, en consecuencia, había dejado de tener sentido concreto. Alrededor de 1968 parecía que una revolución social estaba a la vuelta de la esquina, escribió Pasolini. Esa euforia, sin embargo, ya presentía la derrota; constituía una “especie de exorcismo y de adiós a las esperanzas marxistas” de parte de los jóvenes. La cultura de masas había dejado de ser clerical, moralista o nacionalista para volverse consumista y uniforme, pero la izquierda seguía intentando descifrar la realidad con categorías

³⁰ Pier Paolo PASOLINI, *Lettere luterane*, ob. cit., págs. 90 y 92-93.

³¹ Pier Paolo PASOLINI, *Scritti corsari*, ob. cit., págs. 24-25.

anacrónicas. Pese a las pioneras investigaciones sobre los medios masivos de comunicación de intelectuales italianos como Eco, Anderson consideró que el PCI de la época seguía aferrado a una cosmovisión tradicional, propia de las élites, que situaba a la alta cultura humanística por encima de la atención hacia fenómenos “bajos” como la “americanización” de los consumos culturales de masas y el factor hegemónico que dentro de ellos desplegaba la televisión, pronto también monopolizada por las firmas de Berlusconi³².

7. ANTICIPACIONES

Pasolini era muy consciente de la ácida, a menudo violenta, reacción que iban a suscitar sus provocativas notas de prensa. Que las publicara en medios conservadores, como el *Corriere della Sera*, ofrecía el primer flanco para la polémica. Llegó incluso a predecir la caracterización que de él se harían sus críticos: un herético, “un comunista poco ortodoxo y que hace dinero con el cine”, una mezcla de algo bueno con “un poco de D’Annunzio”³³. Sus propuestas políticas eran propias de un moralista más que de un estratega, pero debe admitirse que, si en su momento sonaron extravagantes, lograron intuir lo que vendría.

Una de esas anticipaciones políticas, con la que machacó en varios de sus artículos, fue la de llevar a juicio a los jefes de la DC. Cinco lustros más tarde comenzarían en Milán los procesos conocidos como *mani puliti* que acabarían con la DC y con todo el sistema político, sólido en su anticomunismo y atravesado por una corrupción monumental, que había comandado la Primera República italiana desde el final de la Segunda Guerra Mundial. El PCI había entrado en crisis terminal poco antes, a partir de la caída del Muro de Berlín. La emergente Segunda República encontraría su símbolo unos años más tarde, cuando en enero de 1994 Berlusconi accedió al poder por primera vez con *Forza Italia*, “el primer partido en el mundo montado como si fuera una empresa”, cuyo triunfo resultaba inimaginable sin el dominio que su jefe ostentaba sobre los medios de comunicación, que pronto ampliaría burlando todas las regulaciones que la constitución del país estipulaba. Entonces fue claro para todos que un nuevo liderazgo, carismático y neo-autoritario, había surgido en Italia. Para esta forma de poder el aceite de ricino

³² Perry ANDERSON, *The New Old World*, Londres: Verso, 2009, págs. 329-330.

³³ Pier Paolo PASOLINI, *Lettere luterane*, ob. cit., pág. 31.

fascista se había vuelto innecesario gracias al control de la imagen, los deseos sociales y la información³⁴.

Pasolini no podía aspirar al aplauso público cuando afirmaba que en cada italiano había ansias de conformismo y un rasgo fascista, o cuando declaraba que Italia era un país “ridículo y siniestro”, cuyos ciudadanos no lo eran menos, y que su cultura se había vuelto “niveladora, degradante, vulgar (en especial en la última generación)”. Tampoco cuando denunciaba que los jóvenes, aún los rebeldes, eran de un modo u otro adeptos al sistema (aunque en ocasiones rescatara a quienes se había aproximado al PCI) y estaban sustituyendo una cultura que no tenían, y las palabras de las que carecían para comunicarse, por el uso masivo de drogas. En un artículo propuso otro de sus programas delirantes, que contenía apenas dos puntos. El primero pedía la inmediata abolición de la escuela media obligatoria, puesto que era des-educativa. Si bien la escuela había mejorado formalmente el italiano de los jóvenes, también lo había estandarizado y castrado. El segundo punto exigía suprimir la televisión, a la que encontraba responsable del colapso final de “la edad de la piedad, y de iniciar en su lugar a la era de la *hedone*”³⁵.

8. CONTRASTES

¿Qué revelan los paralelismos entre el artista Pasolini y los filósofos de la Teoría Crítica? Las distancias entre ellos, políticas tanto como teóricas, resultan ostensibles; aunque, en muchos casos, ambas posiciones terminaron recibiendo análogas reacciones críticas a causa de sus posturas radicales: pesimismo político que derivaba en un reaccionarismo embozado, elitismo intelectual aislado de la vida social. La denuncia al conformismo popular y el talento para detectar grandes problemas de la época en los detalles de la vida ordinaria son de algún modo comunes en la prosa de Adorno tanto como en la de Pasolini. Más decisivo, la Teoría Crítica y las intervenciones periodísticas de Pasolini admiten una dialéctica entre las alienaciones vigentes bajo el fascismo y las realidades de la posterior democracia, una secuencia histórica compartida en la historia de Alemania e Italia.

Pasolini, que se definía todo el tiempo como marxista, se atribuía un reformismo luterano, no católico, esperanzado en las perspectivas que abriría un nuevo

³⁴ Perry ANDERSON, *The New Old World*, págs. 286-288 y 304. Sobre el colapso final de la izquierda italiana en 2008 y la caracterización del extremo conservadurismo de un país en el que uno de cada cuatro habitantes vive en la pobreza, cfr. págs. 316-324.

³⁵ Pier Paolo PASOLINI, *Lettere luterane*, ob. cit., págs. 162, 165, 186-187.

espíritu de trascendencia junto con la recuperación de la caridad y la piedad cristianas para un mundo laico. Aunque los motivos trascendentes no son ajenos a los pensadores de Frankfurt –desde el temprano mesianismo de Benjamin a las redenciones estéticas anheladas por el último Adorno– Pasolini postuló una menor distancia entre dichos motivos y su suelo religioso, en particular cuando reprochaba con acidez el silencio católico ante el consumismo. La presencia de una fuerte cultura católica en Italia señala, por supuesto, una clara diferencia respecto del contexto en el que actuaron aquellos filósofos alemanes. Pasolini se mostraba inclinado a discutir la autenticidad del mensaje propagado por la Iglesia y a defender una caridad bien entendida *vis-à-vis* la facticidad ya anacrónica de esa institución. Con ello, de algún modo, ponía de manifiesto su apego al mundo moral del Evangelio, al que consideraba traicionado por sus voceros oficiales.

A partir de una mención a su amigo, el novelista Alberto Moravia, aludió a un compartido “odio teológico al consumo”, en particular al modo italiano de consumir. Las certezas del progresismo anticlerical y antifascista, herencias Ilustradas, exigían una actualización radical, porque se basaban en un discurso “antiguo y mecánico”³⁶. Un común interés por la revisión crítica del legado Ilustrado, sistemática en los filósofos de Frankfurt, iracunda y ocasional en Pasolini, muestra tanto coincidencias como divergencias en sus respectivos énfasis. Si para Horkheimer y Adorno la herencia de la Ilustración derivaba en ambiciones de dominio integral, según Pasolini, en ella se debía desenmascarar, en primer término, su costado falsamente tolerante y obturador de las emociones.

Mientras que Adorno y Horkheimer parecían dar por cerrado el círculo de la dominación burguesa en su crítica de la industria cultural redactada durante el exilio californiano, Pasolini todavía creía que, para la misma época, una auténtica cultura popular aún pervivía en los márgenes de la Italia del fascismo y proponía una utopía sensual anclada en ese pasado próximo, enemiga del omnipresente consumismo. Pero no tardó en advertir el carácter ilusorio de ese rescate. Aquel pasado se había convertido en un mito personal antes que un posible motivo de inspiración para la sociedad. ¿Qué base social encarnaría entonces los deseos de transformación de lo existente? Pasolini se consumió en la busca de sujetos sociales confiables, no capturados por la mutación antropológica que deplora: los jóvenes de cualquier ideología con los que intenta mantener un diálogo sin concesiones, o los recuerdos de los subproletarios o los antiguos campesinos, de quienes ya no se

³⁶ *Ibid.*, pág. 199.

podía esperar nada. Este tipo de ilusiones había sido desechado tempranamente por los filósofos de Frankfurt, y en Pasolini podrían señalar un grado de desesperación política antes que una esperanza efectiva.

Cualesquiera hayan sido las deficiencias, o sean todavía las objeciones, a los análisis de Pasolini, lo cierto que hoy en día su expresión “mutación antropológica”, con la que se refirió a la condición de los italianos de su época, se sigue aplicando en los análisis que intentan desentrañar el *qualunquismo* específico de la era berlusconiana³⁷. La exigencia de renovación del discurso crítico que intentó con denuedo, y con mayor o menor fortuna política o teórica, continúa siendo una de las más productivas herencias de Pasolini. Y el tono en que ejerció el ensayo político –original y desafiante, radical y conservador, anti-italiano y a la vez representativo del talento nacional para la crítica feroz y la cáustica autocrítica– constituye acaso su legado más complejo de asumir y más rico en perspectivas. ¿Quién “continuará” a Pasolini?

³⁷ “La hegemonía ha pasado a la derecha. Su triunfo indica una revolución antropológica antes que política. La degeneración de la política es concausa y consecuencia de la misma”. Rossana ROSSANDA, “En los orígenes de la decadencia”, *Sin permiso*, Barcelona (5. 7. 2009) <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2692> [consulta: 26. 3. 2011].